

sus menores hermanos, á quienes educaba, sino que se la veía despachar la no escasa correspondencia del señor su padre. Y sin embargo, jamás se oyó á la virtuosa jóven hacer alarde de una melosa ternura, ni dar algun interes á los cargos que le confiaba su padre, pues á ninguna de ambas cosas daba importancia. Comprendía que llenaba tan sólo sus deberes, y á su buen criterio repugnaba hacer una farsa que le produjese una usurpada estimacion. Sin arte ni pretensiones era virtuosa, y cantaba como el aire suspira y como el pájaro trina.”

“Nuestra poetisa—dice el mismo escritor—no era una belleza; pero su gallarda estatura, sus graciosos movimientos, el fuego de sus oscuros ojos lánguidos, su cabello de un rubio oscuro, y la dulce palidez de su semblante, formaban en ella un conjunto interesante y simpático que crecía con la aureola del talento, que brillaba sobre su frente á menudo pensativa.”

En 1852, terminadas las tareas legislativas del Sr. Guerrero, volvióse á Durango con su hija, privando á la sociedad mexicana de la que era ya una de sus galas. Seis años despues, el 1º de Marzo de 1858, cuando apénas contaba veinticinco de edad, falleció Dolores Guerrero en la misma ciudad en que vió la luz primera, víctima de una afeccion del corazon.

No podemos resistir al deseo de terminar estos apuntamientos biográficos, con las siguientes palabras de uno de sus mejores amigos, de Luis Gonzaga Ortiz, que la recuerda todavía con profundo cariño, y á quien debemos las noticias que nos han servido para colocar en este lugar el nombre de la infortunada poetisa.

“Pocos dias ántes de morir Lola Guerrero,—dice Ortiz,—había estado á visitar la Ferrería, deliciosa finca, propiedad del Sr. D. Juan N. Flores, inmediata á Durango. Lola gustaba extraordinariamente de visitar este lugar que hablaba á su corazon apasionado y á su imaginacion poética con su apacible soledad y lo bello de sus paisajes, pues situada dicha finca en las fértiles y bellas márgenes del Navacoya, bordado siempre de verdes arboledas y florecientes jardines, presenta por donde quiera sitios hermosos y pintorescos llenos de encanto y de melancólica tristeza. En esta última visita hecha por nuestra poe-

tisa á la Ferrería, dijo al Sr. Flores:—“Muy pronto debo morir, y desearia alcanzar del afecto de vd., que me concediera aquí, en la capilla de su deliciosa finca, un pequeño lugar en que yo duerma mi último y hermoso sueño.....”

“Este favor le fué concedido por su amigo, realizándose que la pobre poetisa tenia razon y habia presentido exactamente la proximidad de su triste y temprana muerte.

“Pocos dias despues, las claras ondas del Navacoya y las brisas olorosas de sus jardines, arrullaban aquel sueño virginal y perfumaban el lecho triste y frio de la blanca y arrulladora paloma del tranquilo Guadiana.

“El ángel voló al cielo; pero las deliciosas armonías de su lira resonarán eternamente en las perfumadas florestas de su patria, lo mismo que en el fondo de los corazones que la amaron.

“¡Ojalá el ángel sonría ya sin enojo y con cariño al ver hoy á uno de los amigos que la amaron, poner esta humilde adelfa sobre su tumba y al lado de su laurel de gloria!”

GUTIERREZ, Bartolomé.

Lo hemos dicho ya: no obedeciendo como no obedece esta obra á inspiraciones de partido ni de secta, deben hallarse en ella los apóstoles de todas las ideas, los hombres que más se han distinguido en cualquier gremio social. Hemos hablado de San Felipe de Jesus, y hoy vamos á referir la vida de fray Bartolomé Gutierrez, mártir como aquel de la fe cristiana. Pero, como entónces, cederémos la palabra á un escritor que merezca á las personas piadosas mayor confianza que el autor de esta obra, al doctor Beristain, canónigo que fué de la Catedral de México y á quien con frecuencia hemos citado, colocando tambien su biografía en estas páginas.

Beristain redujo á breve espacio todas las noticias que se ha-

llan en diversos libros acerca de fray Bartolomé Gutierrez, conservando cuantas son conducentes á nuestro objeto, y suprimiendo aquellos detalles que sólo interesan á las personas sumamente piadosas.

Hé aquí, pues, la biografía debida al doctor Beristain:

“Aunque el angelopolitano D. Juan Fernandez Lechuga pretendió darle por cuna á este siervo de Dios la ciudad de la Puebla, es cosa averiguada que nació en México, en la calle de Santo Domingo que vuelve á la de los Donceles, y que lo bautizó en el Sagrario de la metropolitana el Dr. Francisco Losa, á 4 de Setiembre de 1580. Tomó el hábito de San Agustín, y hallándose en el convento de la Puebla de los Angeles, el año 1605 se unió al procurador de la provincia de Manila, fray Pedro Solier, arzobispo despues de Santo Domingo, que venia de Veracruz con una mision para Filipinas. Allí fué nombrado maestro de novicios del convento de Manila, por su acendrada virtud y religiosidad, y en 1612 consiguió de sus prelados pasar al Japon, que habia sido siempre el objeto de sus votos. Con la mayor prontitud aprendió aquel idioma, y se dedicó con apostólico fervor á la predicacion del Evangelio, siendo prelado del convento de Usuki. Tenia ya formado un copioso rebaño de neófitos cuando el emperador Yogo lanzó de sus dominios á los misioneros. Por esta causa regresó nuestro Gutierrez á Manila el año 1615, pero solicitado de los nuevos cristianos, volvió disfrazado en 1618, y viviendo siempre en montes y cavernas, asistió á sus japoneses, y mantuvo entre ellos la religion verdadera, resuelto constantemente á perder la vida, hasta el 10 de Noviembre de 1629 en que fué preso y conducido á Omura de orden del tirano Tacanaga, rey de Bongo. Desde ese dia hasta el 30 de Setiembre de 1632 en que nuestro venerado Bartolomé fué quemado en compañía de otros varios, se prolongó su martirio, cuyas “Actas” se publicaron en Manila por fray Martín Claver, y pueden leerse en las “Historias” de las provincias del “Rosario,” y de los “Agustinos descalzos” de Filipinas; en la “Crónica” del Ilustrísimo Sicardo, y en la “Relacion” de Fernandez Lechuga, impresa en México en 1666.

“Escribió:

“Narracion histórica de la vida y martirio de los ilustres padres fray Pedro de Zúñiga, agustino, y fray Luis Flores, dominico, y de otros japoneses que padecieron en el mes de Agosto de 1622.” El original de este opúsculo, escrito en papel del Japon, y dirigido al provincial de los agustinos de Filipinas, estaba en México en poder del maestro fray Marcelino Solís, doctor y rector de la Universidad, y de él sacó varias copias el Ilustrísimo Sicardo, insertando la “Narracion” en su obra intitulada: “Cristiandad del Japon.” Impresa en Madrid, 1698, folio.—“Relacion histórica del martirio que padecieron otros religiosos en el Japon en el mes de Setiembre de 1622.”—Tambien la publicó Sicardo en su citada obra, gloriándose de que tenia en su poder dicha relacion escrita de mano propia de nuestro venerable. El cual escribió además “varias cartas” de que hacen mencion los escritos de Filipinas. De ellas una existe en la provincia de Michoacan de padres agustinos, como asegura el maestro Basalénque en su “Historia.” Ni dejará de admirar aquí el descuido en que la ciudad de México, tan religiosa como rica de arbitrios, ha estado tantos años sin avivar la beatificacion solemne de un hijo suyo tan esclarecido.”

GUTIERREZ, Pablo.

Nació en la ciudad de Guadalajara el dia 15 de Enero de 1805. Terminada su instruccion primaria pasó al Seminario de la ciudad de su nacimiento é hizo allí los cursos de Filosofía, que terminó en 1821, bajo la direccion del Dr. D. José María Nieto. Graduóse de bachiller y en seguida comenzó los estudios de facultad médica en la universidad. Concluidos éstos, obtuvo el título de doctor el 28 de Enero de 1828, es decir, á los veintitres años de edad.

Fácil es comprender que Gutierrez recibió en las aulas una instruccion limitada, si se atiende al estado que entónces guardaban las ciencias en su patria que acababa todavía de independerse de la antigua metrópoli, y fácil es comprender tambien que aquel jóven de inteligencia superior, mal podia avenirse á aquella estrechez de conocimientos y al método del antiguo régimen. Aguijoneado por el deseo de ensanchar la esfera en que le habia tocado en suerte nacer y formarse, anhelando nuevas luces, buscó fuera de su patria lo que en ésta no podia hallar dirigiéndose en 1834 á Paris, en cuya ciudad permaneció tres años entregado por completo al estudio y á la observacion. Una vez que hubo realizado tan elevadas miras, regresó á Guadalajara en 1837, y desde entónces hasta su último dia consagró su existencia á la humanidad, con celo que nunca podrá olvidarse.

Su primer paso al encontrarse de nuevo en su patria, fué crear la cátedra de Anatomía descriptiva, no sin tener que vencer con inquebrantable fuerza de voluntad las preocupaciones de la época y cuantos obstáculos se oponian á sus levantados propósitos. Bajo su direccion se formaron alumnos que más tarde han dado honra á Jalisco y han sido los propagadores de las doctrinas de su ilustre maestro.

En seguida fundó las cátedras de medicina operatoria y Obstetricia, complementos indispensables de los estudios preparatorios por él dirigidos en la de Anatomía.

Conseguida así la reforma de la enseñanza médica, volvió sus miradas á los hospitales, y despues de sustentar lucido exámen de Cirugía en 1840, ante la Universidad, solicitó y obtuvo la plaza de cirujano en el hospital de San Miguel de Belen al año siguiente, compartiendo entre este benéfico Establecimiento y la escuela de Medicina sus atenciones, hasta el grado de sacrificar con notable desinteres las exigencias de su propia clientela. Y no eran solamente los desgraciados enfermos del hospital de Belen los que recibian los beneficios que á manos llenas prodigaba el Dr. Gutierrez, era la ciencia tambien la que alcanzaba grandes progresos por su medio.

“Á pesar de su grande trascendencia, dice el Sr. García Die-

go refiriendo estos servicios, no bastaba al insigne reformador alcanzar tan brillantes conquistas: estaba resuelto á llenar todos los vacíos con que tropezó su precoz inteligencia en la educacion médica que recibiera en sus primeros años, y como el Dr. Gutierrez por la energía viril de su carácter no conocia distancia entre la voluntad y el hecho, una vez tomada cualquiera determinacion la llevaba á cabo. Se propuso, pues, simplificar la terapéutica, y desdeñando un sinnúmero de medicamentos inertes que se usaban en aquella época, analizó las propiedades curativas de los verdaderamente eficaces, y los aplicó sabiamente al tratamiento de nuestras enfermedades, fijando su accion y señalando las dosis oportunas para nuestro clima y las reglas ciertas para su manejo. Teniendo siempre presente que hay algo más que sólidos, humores y fuerza nerviosa en el compuesto que llamamos el *hombre*, y guiado por su genio observador y soberanamente escéptico en materia de teorías, reunió los elementos que flotaban vacilantes á merced del humorismo, del bruseismo, del contra-estímulo, de las utopias químicas, de la escuela anatómica, de la doctrina celular ó atómica, etc., y utilizando el efecto real de los medicamentos sin cuidarse de las hipótesis dudosas que lo explicaban, y de las clasificaciones forzadas que colocaban á cada uno de ellos ya en una, ya en otra categoría, sentó definitivamente sus propiedades verdaderamente terapéuticas y clínicas; y sabiendo perfectamente que los atributos peculiares de los elementos primitivos que por su reunion metódica y temporal constituyen los organismos, desde el momento en que son elevados al rango de partes de un sér viviente, caen bajo el influjo necesario del fenómeno complejo que llamamos vida y que es una serie de actos solidarios que, tendiendo por su fin á la uniformidad armónica, presentan en su desarrollo aparentes discordancias y luchas manifiestas entre las cualidades características de la materia bruta y las leyes de la dinámica animal que presiden á su evolucion, y que modifican la tendencia ciega de dichas cualidades, mediante mil compensaciones en virtud de las cuales al chocar entre sí dos ó más potencias y leyes físicas, su resultante definitiva, léjos de aseme-

jar á la que produciría la colision ó la liga de los cuerpos inorgánicos considerados fuera del círculo vital, caminan hácia un objeto único, cuyo último término es una síntesis final, el perfecto ejercicio de las funciones ó el equilibrio orgánico; conociendo, repito, este admirable encadenamiento de fuerzas y esta unidad de accion, intentó el Dr. Gutierrez hacer un estudio fundamental del mecanismo de las leyes vitales, para poder dirigir su marcha y sentar sobre ellas las bases de su terapéutica.

“La senda era escabrosa y estaba sembrada de innumerables peligros y de millares de encrucijadas que podian conducirlo á un abismo; pero recorriéndola paso á paso con el temor y la desconfianza propios del que no distingue la luz más allá de donde asienta el pié, y sirviéndole de báculo su audacia y su talento, llegó á escalar palmo á palmo la inmensa altura que media entre los sombríos valles de la ignorancia y la elevada cima de la sabiduría. Hé aquí el verdadero mérito y la corona de laureles que adornan al Dr. Gutierrez, y al colocarla la Escuela reconocida sobre sus sienes, ha pagado un justo y merecido tributo á su memoria. No es tal ó cual procedimiento, éste ó aquel estudio analítico, una ó más cátedras fundadas por el ilustre Gutierrez, en donde reside su gloria: su indisputable supremacía descansa en la creacion y su consolidacion de la escuela vitalista, debida únicamente á sus heróicos esfuerzos, á su claro talento y á su infatigable constancia.”

Imposible es dar, en los estrechos límites que nos impone el género de esta obra, una idea completa como deseáramos de la manera ó tratamiento especial que daba el Dr. Gutierrez á las enfermedades. Su audacia para combatir las inflamatorias, su sabiduría para destruir el tifo y las fiebres, su tacto clínico para oponerse al desarrollo de los tubérculos pulmonares, y para decirlo en una sola frase, su acierto en cuanto intentaba, materia bastante darian para un libro y no podrian caber en estas ligeras noticias biográficas. Para graduar las excelencias del sabio doctor, se necesita haber residido en el teatro de sus glorias, en Guadalajara, en donde los corazones agradecidos le bendicen y en donde los inteligentes pregonan su talento y su ciencia.

Tambien merece ser conocido el estudio biográfico del Sr. García Diego, estudio del que tomamos los datos que nos han servido para colocar al eminente profesor de Jalisco en esta galería.

“El Dr. Gutierrez, dice el autor que acabamos de citar, poseía una inteligencia clara, rápida y sumamente prespicaz; una comprension muy vasta que abarcaba en un instante los menores detalles; un juicio tan veloz que pudiera llamarse intuitivo; una atencion profunda, de donde dimanaba una memoria felicísima; una firmeza de voluntad inquebrantable, de todo lo cual nacia la invariabilidad de sus ocupaciones. Su lenguaje era fácil, preciso y de tal concision que sus expresiones tocaban en proverbios. Percibir, apreciar y tomar una determinacion fija, era obra de un momento. Justo y equitativo en sus actos, desprendido hasta el sacrificio, humano y caritativo por conviccion, creyente de buena fe, firme y constante en el trabajo, impasible ante el peligro, atrevido sin rayar nunca en temerario, normando sus acciones por el deber y no por el sentimiento, austero consigo y con sus semejantes, escaso de afectos, escéptico en materia de sentimentalismo, enérgico y frio en su trato íntimo, severo en el ejercicio de su profesion, censor rígido é imparcial en puntos científicos, teniendo la conciencia de su merito y desplegando su carácter imperativo con sus profesores y discípulos, en una palabra, hombre de cabeza y no de corazon. Tales eran los rasgos característicos del Dr. Gutierrez, y por ello merece ser contado entre los hombres que presentan el predominio de la inteligencia y la voluntad, con depresion de las facultades afectivas. Por esta razon era susceptible de comprender y estimar el valor de las personas y de las cosas; pero no de aficionarse seriamente ni por unas ni por otras. Su inteligencia le conducia á la verdad; su voluntad al bien; mas su genio era melancólico, porque echaba de ménos el dulce lazo de los afectos, que disipan la aridez del juicio y engalanan el cumplimiento de los deberes y la satisfaccion de los goces que nos ofrece la vida.

“Cuando su exquisita organizacion vibraba merced al impulso que le comunicara la presencia de un objeto que conmoviera uno de los resortes que como palancas sostenian las dos fuerzas

principales de su vida moral, la inteligencia ó la voluntad, todo su sér sufría una mágica trasformacion; su fisonomía de ordinario grave y austera, se animaba con la rapidez y el brillo de una chispa eléctrica; su mirada habitual de distraccion con algun tinte de tedio, adquiría una fijeza y un centelleo que dominaba á los que presenciaban esta metamórfosis; su lenguaje conciso, breve, imperioso y algun tanto dogmático, desplegaba un raudal de elocuencia, de fluidez y persuasion, que subyugaba á su auditorio: lógico inflexible, despues de sentar premisas absolutas, deducía consecuencias legítimas y prácticas por excelencia, y sin divagarse jamas en hipótesis deslumbradoras y fantásticas, apoyaba su juicio con tal solidez y profunda conviccion, que arrastraba tras sí á los que le escuchaban. Como hombre de carácter vivaz, su primer golpe de vista era el eje en que giraba todo el encadenamiento de sus conceptos; dado este primer paso, casi nunca retrocedía; y cuando marchaba sobre terreno firme, porque su primera impresion habia sido exacta, el desarrollo y exposicion de sus ideas era sublime, porque con una celeridad prodigiosa apreciaba el hecho en su conjunto y media con rigurosa exactitud la trascendencia y valor de sus efectos. Durante estos preciosos momentos de excitacion intelectual, su acento era vibrante y sus predicciones tan seguras como si le-
yera el porvenir.

“Como todo sabio que comprende y estima su mérito, huía la discusion, ó mejor dicho, la rechazaba, convencido de que en una ciencia experimental por sí misma, y basada sobre los datos apreciados por los sentidos, la controversia es inútil, porque sin uniformidad de percepcion jamas se alcanzará la identidad en las deducciones. Percibir bien, estimar en toda su extension, comparar rigurosamente y con analogía relativa, y fundar su juicio sobre los signos y no sobre los síntomas, porque del lenguaje mudo de éstos nace la expresion clara de aquellos, son las bases indispensables para sentar un diagnóstico y exigen un trabajo sostenido y dilatado de las facultades psíquicas, que vienen á valorizar los elementos aislados que les trasmite el sensorium y por un acto de generalizacion responden al choque

impreso por los sentidos, y comparando la percepcion particular con las generales preexistentes y ya conocidas, se encuentra la entidad patológica que corresponde en la vision interna al cuadro que se tiene á la vista, y del órden de conocimientos abstractos se trasforman en juicio concreto. Hé aquí el enlace fisiológico indispensable para formar una opinion, y la necesidad de ponerlo en juego con reposo y detenimiento para no descuidar ninguno de sus períodos y llegar á una conclusion legítima. Pues bien, el Dr. Gutierrez, era hombre tan favorecido en facultades intelectuales, que en un tiempo casi inapreciable ejecutaba esta serie de actos mixtos, en los cuales, del análisis se eleva á la síntesis, y de ésta se deduce una consecuencia práctica, fecunda en resultados sensibles. Acostumbrado á pensar con tal rapidez y precision, y engreido con la claridad de inteligencia y exactitud de percepcion sensitiva, le era, si no imposible, cuando ménos muy difícil y demasiado enojoso modificar su opinion, y estudiar analíticamente los elementos de un juicio que estaba habituado á formar, por decirlo así, en una síntesis actual é instantánea. Por este raro privilegio solía á primera vista y casi por intuicion, fundar un diagnóstico que en vano intentaban sus discípulos comprender por el exámen detenido y circunstanciado de todos los detalles científicos que pudiera suministrarles el cuadro de síntomas que presentara la enfermedad: era un arranque del genio, de los que arrebatan y llenan de admiracion; pero de los que no se aprenden, porque nacen bajo el impulso del golpe maestro del sabio, y son el patrimonio exclusivo de los grandes talentos. ¡Vastas y atrevidas concepciones de las que tiene conciencia su autor, pero cuya razon primera es un misterio impenetrable para él y para los que las contemplan!”

Largo es el pasaje que acabamos de citar, pero el lector lo habrá visto con agrado seguramente, porque encierra el mejor retrato moral que podria hacerse del Dr. Gutierrez.

Á grandes rasgos terminaremos estos apuntamientos para no fatigar más la atencion de los que se dignan fijarse en estas páginas.

En 1866 le alejaron las pasiones políticas, que tantos males

causan á los pueblos, del Hospital de Belen que dirigiera durante varios lustros; y él, que se hastiaba profundamente con la práctica civil, porque estaba habituado á no luchar sino con los obstáculos que engendran las enfermedades y no los pacientes y las personas que los rodean, sintió un vacío profundo y se retrajo del trato social cada día más y se consagró á dar forma á sus numerosos escritos científicos.

Desgraciadamente uno de aquellos arranques que al hombre no es dado evitar, privó á la ciencia de esos escritos. Creyéndose olvidado de la escuela que tanto le debía, destruyó en un instante el fruto de largos años de estudio y práctica, como si hubiese querido borrar para siempre su nombre de la lista de los sabios.

El 1º de Mayo de 1881 fué atacado de una bronquitis capilar generalizada, y ántes de amanecer el 2, habia muerto.

Tributáronse los homenajes á que era acreedor. La Escuela de Medicina, el Gobierno del Estado, la sociedad entera, acudió á honrar los despojos del ilustre anciano.

El Congreso del Estado, por último, expidió el 1º de Octubre de 1881 un Decreto cuyo único artículo dice así:

“En atencion á los servicios prestados por el ciudadano Dr. Pablo Gutierrez á la humanidad, se le declara benemérito del Estado.”

GUTIERREZ NARANJO, Francisco.

Es verdaderamente raro lo que pasa en punto á las noticias que las personas consagradas á los estudios biográficos desean obtener para escribir acerca del insigne teólogo mexicano D. Francisco Gutierrez Naranjo. Por una parte, en el prólogo de las Constituciones de la Universidad de México se dan de sus méritos y talento minuciosos detalles, y por otra, se dejan de consignar las fechas de su nacimiento y muerte, y lo que es más

notable aún, ni siquiera se indica la época en que floreció. Pero de lo que no hay la menor duda es de que nació en México (probablemente el año 1590) y abrazó primero la carrera de las armas que era la de su padre, alférez. Sirvió espontáneamente y sin sueldo alguno, en el castillo de San Juan de Ulúa y puerto de Veracruz. Qué razon le hizo abandonar las armas y dedicarse á la Iglesia, es lo que no sabemos. Una vez consagrado á esta última, el 25 de Setiembre de 1604 hizo, dice un cronista, tantas y tan portentosas demostraciones de su sabiduría, que fueron muchos los que no la creyeron adquirida sino infusa. El cronista citado trae, en prueba de lo mucho que Naranjo sabia, dos casos que por dar idea de las costumbres de aquella época, reproducirémos; y porque en ellos se revela el prodigioso dón de memoria de que se hallaba dotado el personaje objeto de esta biografía. “Puesto ya en la cátedra, con previa convocatoria é innumerable concurso, pidió se le asignasen puntos en toda la Suma Teológica de Santo Tomás: y habiéndosele determinado entre los que ofreció la suerte, el artículo 5º de la cuestion 71 de la prima *secunda*, dijo á la letra de memoria el artículo (que no es corto), y le comentó y explicó “de verbo ad verbum,” y despues excitó sobre el 8º cuestiones sobre que habló con admirable erudicion y magisterio por espacio de dos horas; y hubiera hablado mucho más, á no haberle hecho señal la universal aclamacion del concurso que atónito le cortó el hilo con esta sublime expresion: *Numquam sic locutus est homo*; excediendo así el alto concepto que formó de Pico de la Mirandola Escaligero, llamándolo monstruo *sine vitio*, por haber propuesto defender 900 conclusiones; pues cualquiera que se halle versado en la Suma del doctor angélico, habrá hallado en ella 2,653 artículos (sin el suplemento), que son, con corta diferencia, tres veces 900 conclusiones, que demuestran ser el Illmo. Naranjo un monstruo de tres cabezas, ó de una cabeza que vale por tres, como la del príncipe Mirandola, excediendo en no sólo defender las proposiciones, sino decir de memoria todos los artículos y hablar sobre cualquiera de ellos al ménos por espacio de hora y media, que se prescribe á los opositores á cátedra de prima.